

Julie Klassen

Lady Mayfield



Libros de
seda

*A Betsy, Gina, Patty, Suzy y Lori.
Doy gracias a Dios por habernos reunido hace tantos años,
cuando todas teníamos niños recién nacidos.
Por las amistades que perduran, desde los primeros
pasos hasta las primeras citas y más allá.*

«Tres cosas hacen temblar la tierra,
y una cuarta la hace estremecer:
el siervo que llega a ser rey,
el necio al que le sobra comida,
la mujer rechazada que llega a casarse,
y la criada que suplanta a su señora».

—PROVERBIOS 30, 21-23

«SE OFRECE DAMA DE COMPAÑÍA
Joven dama de veinticuatro años desea fervientemente un empleo como el mencionado. Con habilidades musicales, buena lectora, hogareña y trabajadora, y en condiciones de presentar excelentes recomendaciones. Sería especialmente adecuada para una señora de edad avanzada.

Interesados diríjense a A. R. A.
Oficina de correos, High Wycombe».

ANUNCIO aparecido en
The Times of London, 1847

Capítulo 1

Bath, Inglaterra, 1819

Lady Marianna Mayfield estaba sentada en su tocador debidamente vestida, peinada y con el rostro empolvado. Fingía interesarse por su imagen en el espejo, pero en realidad observaba cómo la doncella se afanaba a sus espaldas por guardar en maletas todas y cada una de sus pertenencias.

A primera hora de la mañana, sir John se había presentado en sus aposentos y le había anunciado que dejaban Bath aquel mismo día. Había rehusado confesarle adónde iban por miedo a que, de alguna manera, pudiera decírselo a Anthony Fontaine. También le había negado la posibilidad de llevarse consigo a los criados, ya que, como es natural, habrían querido saber adónde se dirigían y hubieran podido desvelar su destino.

A Marianne se le encogió el estómago. ¿De veras creía que un nuevo cambio de residencia la haría desistir? ¿Que haría que él desistiera?

Se puso en pie de un salto y se dirigió a la ventana. Apartó las cortinas de gasa y frunció el ceño. Abajo, en las caballerizas de la parte posterior de la casa, un mozo de cuadra y un cochero preparaban el nuevo carruaje con vistas a su partida, sustituyendo los cirios de los apuracabos de los candelabros de latón para revisar después las ruedas y la suspensión.

En ese momento entendía por qué había encargado una diligencia diseñada ex profeso para trayectos largos. Era un tipo de carruaje muy costoso, pero un hombre como sir John Mayfield no se inmutaba ante semejante desembolso, y menos aún cuando su intención era llevársela consigo de manera furtiva, burlando así a todo el que tuviera intención de seguirlos.

«Anthony me encontrará». Por supuesto que lo haría. Lo había logrado sin la menor dificultad la última vez que se habían mudado, cuando se habían instalado allí, en Bath. Aun así, no perdía la esperanza de que regresara de Londres con antelación, antes de que se marcharan. Quizás esa vez le plantara cara a sir John, le dijera por fin lo que podía hacer con sus vanas maquinaciones y acabara con aquel absurdo matrimonio de una vez por todas.

Oyó que alguien daba unos golpecitos en el marco de la puerta abierta. Con el ceño todavía fruncido, levantó la vista, esperando ver a sir John con una nueva imposición.

Pero a quien vio fue a Hopkins, el mayordomo.

—Tiene usted visita, excelencia.

A Marianne le dio un vuelco el corazón.

—Es la señorita Rogers —añadió—. ¿Se encuentra usted en casa o debo decirle que se marche?

Su momentáneo alborozo se desinfló, aunque no del todo.

—¡Oh, cielos, no! No le diga que se marche —pidió—. Hágala pasar a la salita.

—Como guste, excelencia. —Hopkins hizo una reverencia y se marchó.

Considerando lo repentinamente que había dejado su empleo seis meses atrás, la llegada de su antigua dama de compañía era, ciertamente, una sorpresa, pero en ningún caso una sorpresa desagradable. Tras echar un vistazo al armario y los cajones vacíos, con el corazón en un puño, salió de su alcoba y se encaminó escaleras abajo.

Apenas entró, fue recibida por una esbelta y familiar figura que, al verla, se puso en pie de inmediato, provocando en Marianna una nostálgica oleada de afecto, seguida por una punzada de decepción, porque se había marchado sin decir ni una palabra. Tragándose el nudo de resentimiento que le oprimía la garganta, exclamó:

—¡Hannah! ¡Santo cielo! No esperaba volver a verte.

La joven la miró a los ojos con gesto tenso.

—Milady.

La dama esbozó una sonrisa radiante.

—Tu llegada es una auténtica bendición; incluso diría que es un regalo del cielo si creyera en ese tipo de cosas. ¡Qué oportuno que hayas regresado precisamente ahora!

Hannah Rogers juntó las manos y, apretándolas con fuerza, bajó la mirada.

—Emmm... Nunca llegué a recibir mi última asignación.

Las damas de compañía percibían un modesto salario al que se le denominaba «asignación» en lugar de «paga», que sonaba mucho más vulgar. A Marianna le sorprendió aquella petición extemporánea, pero no puso ninguna objeción.

—¡Oh, por supuesto! ¿Cómo no? Jamás entendí por qué te marchaste sin cobrar tus honorarios. —Agitó una campanilla que reposaba sobre la mesa auxiliar y Hopkins apareció.

—Dígale al señor Ward que traiga los emolumentos que le dejamos a deber a la señorita Rogers, si es tan amable.

Una vez que el mayordomo abandonó la estancia, se volvió hacia Hannah y le preguntó:

—Bueno, ¿y qué tal te ha ido?

—¡Oh! —La señorita Rogers esbozó una tenue sonrisa—. Bastante bien, gracias.

No muy convencida, Marianna se sentó y la observó, reparando en la mirada recelosa, el cutis pálido y los pómulos pronunciados. Las mejillas le parecieron bastante más hundidas de lo que recordaba.

—Te veo muy bien —declaró—, aunque algo fatigada. Y más flaca.

—Gracias, milady.

—Por favor, toma asiento. Te ofrecería un refrigerio, pero sir John ha tenido a bien despedir ya a la mayoría de los sirvientes. Solo han quedado Hopkins, el señor Ward y una doncella.

Hannah permaneció de pie, pero la señora no insistió. Solo le preguntó con cautela:

—¿Encontraste otra colocación? Esperaba recibir noticias tuyas o alguna petición de referencias, pero nunca llegó nada.

—Sí, tengo un nuevo puesto; o, mejor dicho, lo tenía. Hasta hace poco.

—¡Oh! —Con actitud cada vez más esperanzada, Marianna inquirió: —¿Quieres decir que no tienes ningún compromiso laboral vigente?

—No.

Lady Mayfield se puso en pie y tomó la mano de la mujer con entusiasmo.

—Lo dicho, ¡qué visita tan oportuna! Precisamente me encuentro bajo una necesidad imperiosa de encontrar una dama de compañía para que venga conmigo.

—¿Para que vaya con usted?

—Sí. Sir John insiste en que nos mudemos de nuevo. Justo ahora que empezaba a disfrutar de la vida social de Bath. Pero no ha habido manera de que dé su brazo a torcer, así que debemos marcharnos. —Soltó una risa

fingida—. Dime que vendrás conmigo, Hannah. No permite siquiera que me lleve a mi doncella personal. Ya la ha despedido.

Sabía que, muy probablemente, tampoco consentiría que la señorita Rogers los acompañara, pero tenía que intentarlo.

Hannah sacudió la cabeza.

—No puedo dejar Bath, milady. No ahora.

—Pero debes hacerlo. Te... te pagaré el doble de tu asignación. Si sir John no lo aprueba, lo haré con mi propio dinero.

Hannah vaciló y, acto seguido, añadió con voz titubeante:

—Yo... Ni siquiera sé adónde van.

—Ni yo tampoco. No se ha dignado a informar de nuestro destino ni a su propia esposa. ¿Verdad que es ridículo? Está convencido de que se lo diré a un pajarito. Y, evidentemente, no le falta razón.

Hannah sacudió de nuevo la cabeza.

—En estos momentos no puedo marcharme. Tengo familia aquí...

—Tu padre vive en Bristol —le recordó lady Mayfield—. Y lo dejaste cuando nos mudamos aquí.

—Sí, pero... Aquello fue diferente.

—¡Oh! No pienses que será muy distinto —repuso Marianna con despreocupación—. Dudo mucho que nos vayamos muy lejos. La última vez solo nos mudamos de Bristol a Bath. ¡Como si unas cuantas decenas de millas pudieran separarnos!

Sabía que Hannah entendería la alusión velada a su primer amor, con quien la señorita Rogers había coincidido en varias ocasiones.

A pesar de ello la antigua dama de compañía siguió dudando.

—No sé...

—¡Oh, Hannah! ¡Vente! No sería para siempre. Si no te gusta el lugar o si necesitas regresar con tu familia, podrás hacerlo. Al fin y al cabo, ya te marchaste antes, cuando te pareció oportuno.

Marianna sonrió para suavizar sus palabras, una mezcla de dardo y carantoña.

—No puedo soportar esto sola —continuó—; viajar con sir John a un lugar desconocido...; sin ninguna compañía reconfortante con nosotros; sin ningún rostro agradable, familiar. Insiste en que contrataremos a nuevos sirvientes cuando lleguemos. Hopkins no viene, ni siquiera el señor Ward.

Como si hubiera sabido que se hablaba de él, la puerta se abrió y entró el secretario de su esposo. Marianna notó como Hannah se incomodaba.

—¡Ah, señor Ward! Imagino que recuerda a Hannah Rogers...

El delgado sujeto, con el cabello aún más fino que él mismo y el rostro picado de viruela, dirigió la mirada hacia ella con gesto impasible.

—Sí, milady. Por lo que recuerdo, se marchó sin decir nada.

—Sí, bueno; eso no importa ahora. Ha venido a reclamar su asignación y es de justicia que la reciba, así que le ruego que no ponga objeciones. Sus ojos brillaron con desagrado, o tal vez rebeldía.

—Sí, milady. Hopkins ya me ha informado.

Seguidamente se volvió con actitud rígida hacia la señorita Rogers.

—He deducido una parte de sus honorarios como penalización —comenzó en tono paternalista—, por marcharse sin previo aviso; además de los once días que dejó de trabajar ese trimestre. Aquí tiene el remanente.

La señorita Rogers extendió la mano con recato, cabizbaja, como si estuviera mendigando. El hombre depositó varias coronas y algunos chelines sobre la palma abierta con una sonrisa de aparente satisfacción.

—Gracias —musitó la joven.

Él se dio media vuelta y, sin decir palabra, abandonó la sala.

Mientras observaba cómo se marchaba, Marianna sintió un escalofrío.

—No puedo decir que lamente que no nos acompañe. ¡Qué hombre tan detestable! Va a regresar a Bristol. Se encargará de velar por los intereses de sir John allí.

Hannah bajó la mirada y miró las monedas de su mano.

—Le agradezco la oferta, milady, se lo aseguro. No obstante... tengo que considerarlo.

Marianna Mayfield la escudriñó. Había algo diferente en la señorita Rogers. ¿Qué era?

—Bueno, pero no te lo pienses demasiado —advirtió—. Según sir John, nos vamos esta tarde, a las cuatro. A menos que consiga convencerlo de que deseche esa absurda idea. ¡Estúpido celoso!

Hannah alzó la vista y la miró con expresión apesadumbrada. Casi afligida.

—Si para las tres y media no he vuelto —repuso—, no me espere. Querrá decir que no la acompañaré.

Las horas pasaron demasiado deprisa. La doncella prosiguió con la preparación del equipaje y Marianna continuó paseando nerviosa de un lado a otro. Anthony seguía sin aparecer. Igual que Hannah.

Lady Mayfield se asomó a la ventana de la habitación que daba a la calle. Habían movido el carruaje a la parte delantera de la casa y habían enganchado cuatro caballos, el primero tiraba alguna que otra coza impaciente.

La doncella, el mayordomo y un mozo al que habían contratado para aquellos menesteres apilaban sus pertenencias en la baca, como si de una maleta larga y estrecha se tratara. Otras piezas del equipaje iban atadas al asiento de la parte posterior, donde podrían haber viajado perfectamente dos sirvientes si sir John le hubiera permitido llevarse alguno consigo.

En aquel preciso instante el susodicho irrumpió en la habitación, con actitud imponente y vestido con su chaqueta de caza. Con gesto severo insistió en que Marianna reuniera su equipaje de mano y se dispusiera a partir, para que Hopkins pudiera empezar a cerrar la casa. Luego se giró sobre los talones y se marchó, con un gesto adusto que daba a entender que no toleraría objeción alguna.

Una de las amigas de Marianna le había dicho una vez que era afortunada por tener un marido con una actitud tan decidida y autoritaria, pero ella no estaba de acuerdo. A pesar de eso, sabía que seguir insistiendo en que se quedaran no le serviría de nada. La casa ya se había vendido. Echó un vistazo al reloj de broche prendido en su vestido. Las tres y veinte.

«Diez minutos más».

Sin perder la esperanza de que su antigua dama de compañía se presentara a tiempo, recogió sus cosas y salió.

Junto al carruaje, su esposo hablaba con un postillón que había contratado para montar el caballo delantero durante la primera etapa del viaje. No llevarían ningún mozo, ni tampoco escolta. Cuando su esposa se aproximó, sir John alargó la mano y extrajo un rifle de chispa de un cajón oculto del carruaje. Tras examinarlo, lo devolvió a su escondite. Al parecer, tenía intención de hacerse cargo él mismo de su protección. Después de todo, tal vez debía alegrarse de que Anthony no hubiera aparecido.

Miró una vez más el reloj de broche. Las tres y media. «¡Diantre!». ¡Había confiado tanto en que Hannah acabara presentándose...!

De pronto su figura surgió al fondo de Camden Place, donde la calle de trazado semicircular se encontraba con la de Lansdown. A Marianna le dio un vuelco el corazón. Mientras la observaba, un hombre alto de pelo oscuro se aproximó corriendo a la joven y la agarró por el codo. Estaban demasiado lejos para poder oír la conversación, pero vio que Hannah sacudía la cabeza y, con mucho cuidado, apartaba el brazo, zafándose del caballero. Su rostro mostraba resignación, pero no miedo. ¿Un pretendiente, quizá? En ese caso, no era de extrañar que hubiera dudado si abandonar Bath.

Hannah le dio la espalda y echó a andar con determinación hacia el carruaje.

—John, mira —dijo Marianna—. La señorita Rogers viene con nosotros.

Su espigado marido se puso rígido y se volvió para mirar con expresión inescrutable.

La joven aceleró el paso, con una maleta golpeándole la pierna.

A la dama se le iluminó el rostro.

—¡Oh, Hannah! ¡Qué alegría verte! Me da pavor emprender este viaje, pero será más fácil de sobrellevar contigo a mi lado.

—¿La oferta sigue en pie? —preguntó la joven, jadeando por la falta de aliento.

Lady Mayfield pasó por alto la mirada aviesa de su esposo y sonrió a la que esperaba que fuera de nuevo su dama de compañía.

—Por supuesto.

—¿Y podré regresar si la ocupación no me satisface?

—Bueno, nadie te retendrá en contra de tu voluntad. Ojalá pudiera decir lo mismo sobre mí. —Entonces lanzó una elocuente mirada a sir John, temiendo que se opusiera, que insistiera en que viajarían solos.

Él apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

El mozo que habían contratado ató la maleta de Hannah junto a las demás y los tres subieron al carruaje y se acomodaron sobre los cojines de terciopelo del suntuoso interior. Marianna alargó la mano y acarició las borlas doradas de las cortinas azules que cubrían las ventanas.

—Bonita jaula —murmuró para sí.

Viajaron durante toda la noche en un tenso silencio, parando en diferentes casas de postas para cambiar los caballos. Incómoda y somnolienta, lady Mayfield, que estaba sentada lo más lejos posible de sir John en el asiento que compartían, se apoyó en el costado del carruaje y miró por la ventanilla evitando su mirada.

Los candelabros de latón relucían inalterables al otro lado del cristal. Finalmente, la noche se diluyó y el amanecer comenzó a teñir el cielo de rojo, mientras seguían su rumbo hacia el oeste en paralelo al canal de Bristol.

La señorita Rogers, que viajaba en un asiento plegable al lado, parecía cada vez más inquieta. Tenía el ceño fruncido y no hacía otra cosa que morderse el labio y retorcer los largos dedos sobre el regazo. Fuera empezaba a caer una ligera llovizna y Marianna tuvo la impresión de que los ojos de su dama de compañía comenzaban también a humedecerse.

Al adentrarse en otra desconocida aldea y cruzar traqueteando el centro de la localidad, los tres se asomaron a la ventana y contemplaron una imagen que les dio que pensar: un par de cepos bajos de madera. En la parte posterior había dos mujeres sentadas en el suelo e inmovilizadas por los tobillos. Una de ellas miraba a los transeúntes con cara de pocos amigos e insultaba a aquellos que se burlaban de su situación. La otra, en cambio, permanecía con la mirada perdida en el horizonte, con toda la discreta dignidad que aquella humillante posición le permitía. Marianna se preguntó de qué se les había declarado culpables y le asombró la manera tan diferente de afrontar las consecuencias de sus actos, fueran cuales fuesen. Un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Tendría que afrontar ella las consecuencias de sus actos? Aquel incómodo pensamiento la hizo estremecer. No, no le iba a pasar nada. Ella no había tenido ninguna culpa. Y tampoco había sido idea suya. Además, al fin y al cabo, hacía más de dos años de aquello y no les había sucedido nada.

Un rato después se detuvieron en otra casa de postas. Hasta aquel momento habían viajado con un grupo de cuatro caballos guiados por postillones que se relevaban. Pero en aquella posada solo tenían dos animales disponibles, y bastante dispares. El agotado postillón se marchó y fue sustituido por un joven de unos diecinueve o veinte años. Este convirtió el cajón delantero de la diligencia en un pescante y desde allí alzó las riendas.

—Ya falta poco —dijo sir John, sin dejar de inspeccionar el camino que se extendía detrás de ellos con gesto de preocupación—. Estamos empezando el último tramo corto del viaje.

Poco después de abandonar el patio de la posada, la llovizna arreció hasta convertirse en una lluvia torrencial. El viento soplaba cada vez con más fuerza, rugiendo y zarandeando el carruaje.

De repente los tres pasajeros sintieron una sacudida cuando el joven conductor desvió a los caballos hacia un lado del camino y detuvo la diligencia. Se volvió en su asiento para mirarlos a través de la ventanilla frontal. Sir John abrió la portezuela para oír lo que tenía que decirles. El viento y la lluvia distorsionaban sus palabras.

—Los caminos están en muy mal estado, señor, y la tormenta empieza a arreciar. No creo que sea sensato seguir.

—Vamos, muchacho. No puede quedar mucho.

—Tres millas, más o menos.

—¿Y no hay ninguna casa de postas antes?

—No, señor. Pero algún campesino podría dejar que nos resguardásemos en su granero.

—¿Un granero? ¿Con las damas? No. Debemos continuar. Tengo motivos personales para ello.

—Pero, señor...

—Se lo recompensaré con creces. —A través de la portezuela sir John entregó al joven una bolsa de tela bastante abultada—. Y la misma cantidad cuando lleguemos a nuestro destino sanos y salvos.

El joven abrió mucho los ojos.

—Sí, señor. —Luego se enjugó la lluvia del rostro y se dio media vuelta dejando que la portezuela se cerrara sola.

Marianna protestó:

—John, el muchacho tiene razón. Es una locura seguir adelante. Acabaremos todos muertos.

De repente, Hannah se irguió en su asiento.

—Déjeme bajar, se lo ruego. No debería haber venido. Ha sido un error.

Lady Mayfield se quedó mirándola, atónita. Y lo mismo hizo sir John.

—Tengo que volver —insistió la joven en un tono rayano en la desesperación.

Con los labios apretados y expresión severa, sir John sacudió la cabeza.

—No vamos a regresar.

—Lo sé. Solo déjeme bajar. Ya encontraré yo misma el camino.

Se levantó y se abalanzó hacia la puerta, pero él le cerró el paso extendiendo uno de sus brazos con firmeza.

—No puedo dejar que se apeee aquí —dijo—. Mi conciencia no me lo permite. No en este tramo solitario del camino y en mitad de una tormenta.

—Hannah —intervino Marianna con voz suplicante—, estuviste de acuerdo en venir conmigo. Te necesito.

—Pero yo necesito...

El cochero hizo restallar el látigo, los caballos se movieron y el carruaje se puso en marcha con una nueva sacudida. Para alivio de Marianna, su dama de compañía había perdido la oportunidad de abandonarlos sin previo aviso por segunda vez.

A Hannah se le llenaron los ojos de lágrimas, que pronto empezaron a descender por sus delgadas mejillas.

—¿Ves lo que has hecho, John? —Marianna miró a su esposo con el ceño fruncido—. La has disgustado. La única amiga que tengo en este

mundo y tú has hecho que se disguste. —Después añadió con expresión huraña—: Sabes que no funcionará. Me encontrará igualmente.

Sir John apretó la mandíbula y miró hacia delante, aunque no se veía gran cosa a través de la ventanilla delantera, excepto el gabán del cochero ondeando al viento. Mariana volvió a contemplar a Hannah y se dio cuenta de que desviaba el rostro para ocultar las lágrimas.

Lady Mayfield se preguntó qué sería lo que había disgustado tanto a la joven, que siempre se había comportado de manera tan estoica y contenida. Pero en aquel momento tenía sus propios problemas en los que pensar. Volviéndose hacia la ventana, se quedó mirando las ráfagas de lluvia, el borde cubierto de maleza que separaba el camino del escarpado litoral y la imagen grisácea del canal de Bristol, que se vislumbraba de tanto en tanto. «Me encontrará», volvió a decirse a sí misma. «Ya lo hizo en otras ocasiones».

Pero esa vez sir John había tomado nuevas medidas, lo que daba a entender que su determinación era más fuerte que nunca. Pues bien, la de ella también era más férrea que nunca. Las cosas habían cambiado; estaba su hijo, y tenía que pensar en él. Y estaba decidida a amar a aquel niño mucho más de lo que su padre la había amado a ella. Al pensarlo, el corazón se le encogió. Ojalá se le hubiera ocurrido alguna manera de hacérselo saber a Anthony. Pero era demasiado tarde.

De repente, las ruedas del carruaje patinaron como si rodaran sobre un manto de hielo, perdiendo la tracción en el camino embarrado. El vehículo dio un bandazo. Los caballos soltaron un relincho. Y Marianna chilló.

—¡Dios todopoderoso! —gritó Hannah—. Auxílianos. Protégenos.

El carruaje se inclinó hacia un lado. Luego se oyó un fuerte chasquido seguido de un relincho y el vehículo quedó suspendido en el aire, ingravido. Un segundo después volcó, deslizándose hacia el canal. Se acercaban al borde del acantilado a toda velocidad. Un enorme estruendo la confundió y la estremeció hasta los huesos. Una rueda pasó volando junto a la ventana. Instantes después volvían a flotar en el aire hasta que el carruaje golpeó una roca. El vehículo dio varias vueltas de campana y ella terminó perdiendo toda noción del espacio. Todo a su alrededor se agitó con violencia para acabar con un golpe cegador. Y no fue consciente de nada más.

Capítulo 2



olor. Frío. Un peso que la oprimía con fuerza. Dificultad para respirar...

Escudriñando a través de unas estrechas aberturas vio unas relucientes franjas de colores, como si mirara a través de un prisma de cristal. El blanco amarillento del sol. El agua azul. «¿Agua?». Un resplandor rojo. Luego, otra vez el color azul. Un destello violeta y dorado. Confusión. Una mano en la suya, soltándose. Metal clavándose en sus dedos.

«¿Por qué no logro despertar de este sueño?».

Mucho frío. Demasiado peso. La oscuridad descendiendo...

—¿¡Hola!? ¿Puede oírme?

Una voz masculina. «Tengo que librarme de este peso insostenible». Inspiró de manera superficial, con desesperación.

—¿Lady Mayfield? ¿Me oye?

Abrió los ojos con dificultad y atisbó unos rostros por encima de ella. Más confusión. ¿Por qué estaba la ventana lateral sobre su cabeza?

—No pasa nada. Estamos aquí para ayudarla. Soy médico. El doctor Parrish. —El hombre hizo un gesto con la barbilla, indicando hacia otro rostro, más joven, que se cernía junto al suyo—. Este es mi hijo Edgar. Vamos a sacarles a usted y a su marido de aquí.

«Su marido...». Bajó la mirada y descubrió a sir John tumbado, inerte junto a ella. ¿Vivo o muerto? Su sombrero oscilaba lentamente sobre el agua que inundaba la mitad inferior del carruaje. Tenía las piernas abiertas; una de ellas, doblada de una manera antinatural.

No había nadie más dentro de lo que quedaba del carruaje. ¿Dónde estaba ella? Volvió la cabeza y un dolor punzante le atravesó el cráneo.

No podía moverse mucho, apresada como estaba. A través del agujero situado donde anteriormente había estado el techo observó las agitadas aguas del canal.

El hombre joven que se cernía sobre ella miró en la misma dirección y señaló con el dedo.

—Padre, mire. ¿Hay alguien allí?

El otro hombre entrecerró los ojos.

—No sabría decirte. Está demasiado lejos.

Pero ella sí sabría decirle. Una capa roja flotaba en la marea, llevando lejos de la orilla la forma que envolvía.

El hombre de mayor edad bajó de nuevo la mirada hacia ella.

—¿Había alguien más con ustedes?

Asintió con la cabeza, sintiendo cómo el dolor se apoderaba de todo su ser. Fue como si le clavaran cientos de agujas en el cuero cabelludo.

El hombre se quitó el sombrero con actitud respetuosa.

—Está demasiado lejos para ir hasta allí. Aunque supiéramos nadar.

Los oídos le zumbaron. No podía ser.

—¿Una sirvienta quizá? —preguntó él.

Una dama de compañía era más que una sirvienta, pensó. Era una joven de buena familia. Abrió la boca para decirlo, pero no emitió sonido alguno. El cerebro y la lengua parecían desconectados. Se llevó una mano al pecho dolorido y volvió a asentir con la cabeza.

—No podemos hacer nada por ella. Lo siento mucho. Pero a ustedes les sacaremos de aquí.

La oscuridad le nubló la vista de nuevo y se abandonó a ella.



La siguiente vez que abrió los ojos se encontró el mismo rostro a su lado, en esa ocasión más cerca. El semblante del hombre más maduro no la miraba a los ojos, sino que tenía la vista puesta en una parte inferior de su cuerpo. ¿Quién era? Le había dicho su nombre, pero se le había olvidado. No lograba ver gran cosa de la habitación sin mover la cabeza, pero el cuarto no le resultaba familiar. ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Se sentía aturdida, como si su mente no respondiera como debía y no fuera del todo consciente del resto de su cuerpo.

—Ha abierto los ojos —dijo una voz femenina que no reconoció.

Intentó volver la cabeza hacia la mujer, pero un dolor lacerante la cegó momentáneamente.

La voz del hombre denotaba tensión.

—¿Milady? ¿Cómo se encuentra?

—Dolorida, George —le espetó la mujer—. Hasta yo puedo verlo.

Entreabrió los labios e intentó hablar.

—El... tumbado...

El hombre le tomó la mano con gesto de preocupación.

—Sir John está gravemente herido, milady. Pero está vivo, así que hay esperanza. Déjelo en mis manos, ¿de acuerdo? No se apure. Usted también ha sufrido varias heridas de consideración, pero se recuperará.

—Y... y...

El hombre hizo una mueca como si la hubiera entendido.

—Me temo que el cochero está muerto. Los arneses se rompieron cuando el carruaje volcó y los caballos echaron a correr despavoridos. El joven no tuvo tanta suerte.

Ella apretó los ojos con fuerza. «Pobre hombre», pensó. Aunque en realidad no lo recordaba.

—No es culpa suya, milady. No se sienta mal. —El hombre sacudió la cabeza—. Vimos a los caballos desbocados, agitando los arneses al viento, y supimos que lo primero que teníamos que hacer era buscar el carruaje. El blasón nos confirmó quienes eran, aunque, por supuesto, les estábamos esperando. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Y ahora debe descansar. La señora Parrish y yo cuidaremos de usted y de su esposo.

«Esposo...». Cerró los ojos y apartó de su mente aquel incómodo pensamiento.



Estaba tumbada, flotando en una niebla entre la vigilia y el sueño. El amable doctor le había dado láudano para el dolor. Tenía un brazo roto, según le había dicho. Y una brecha en la cabeza, acompañada de una conmoción cerebral. De vez en cuando alguien la agarraba cuidadosamente por la nuca y la obligaba a dar pequeños sorbos de agua o de caldo, pero sentía como si el tiempo apenas trascurriera.

—Sir John está muy grave —dijo la voz femenina—. Me sorprendería que llegara al final de la semana.

Una segunda mujer hizo callar a la primera.

—¡Chist! Te va a oír.

A pesar de la distancia que existía entre ellos, jamás habría deseado que sufriera un daño semejante. «Pobre sir John», pensó.

Tumbada como estaba, con los ojos cerrados, intentó recordar su rostro. Lentamente echó la vista atrás hasta que una serie de imágenes inconexas acudieron a su mente...

Sir John agarrando un atizador y removiendo un tronco de leña con frustración.

Sir John mirándola con la mandíbula apretada.

—Lo que quiero es una esposa que me sea fiel. ¿Es mucho pedir?

Otro destello. Otra imagen. Su rostro habitualmente malhumorado se suavizó y se quedó inmóvil en su mente como un retrato, atrapado en óleos y recuerdos cubiertos de telarañas. Un semblante atractivo, pensó, si su memoria no le engañaba. Los ojos de un tono gris azulado y unos rasgos fuertes y masculinos enmarcados por un cabello castaño claro.

Entonces cayó en la cuenta de que, tiempo atrás, se había sentido atraída por él. ¿Qué había cambiado entre ellos? ¿Alguna vez habrían sido felices?

Intentó rememorar su vida anterior, en el lugar del que provenían. Bath, pensó. Y anteriormente Bristol. Recordó con vaguedad el momento en el que sir John le anunció que se mudaban a Bath. Y sus dudas. ¿Debía obedecer a sus deseos? ¿Debía irse con él?

No había querido hacerlo, pero al final él se las había llevado a las dos. A su esposa y a su dama de compañía. Del mismo modo en que las había embarcado en aquel viaje. Sí, recordaba Bath, la bonita casa en Camden Place. Y otra espantosa en la lúgubre calle Trim. ¿La calle Trim? ¿Qué diantre la había llevado hasta allí...? Hizo una mueca intentando pensar. Pero su mente seguía siendo una maraña.

Debió de emitir algún sonido inquieto, porque una tierna voz femenina la apaciguó:

—Tranquila, tranquila. No pasa nada. Estás a salvo. —Una delicada mano le levantó la cabeza—. Beba un poco de esto...

El borde de una taza le rozó los labios y dio un sorbo.

—Así me gusta —dijo la mujer—. Muy bien, querida.

El tibio caldo le calmó la garganta dolorida. Las cálidas palabras aplacaron su alma atormentada.



Sabía que era un sueño, pero no lograba despertar. Estaba soñando que había abandonado a una criatura indefensa en una cesta a orillas del canal de Bristol. Había intentado volver de inmediato a por el niño, pero permaneció tumbada, como si estuviera paralizada, incapaz de lograr que su cuerpo petrificado se moviera. La marea se acercaba. Se aproximaba cada vez más, bañando los costados de la cesta. De pronto vio una mano que intentaba asirla. Era una mano de mujer. Pero se encontraba dentro del agua y la resaca tiraba de ella, arrastrándola, al tiempo que su vestido y su capa, totalmente empapados, dificultaban sus esfuerzos por mantenerse a flote.

Aferró la mano de la mujer intentando salvarla, pero sus dedos mojados se resbalaron entre los suyos. Entonces recordó al niño y se volvió, pero era demasiado tarde. La cesta se alejaba flotando por el canal...

De repente sintió una sacudida y, con un jadeo, abrió los ojos. Parpadeando, miró a su alrededor. Aquella cama de medio dosel no era la suya. Y no recordaba haber visto nunca aquel tocador decorado con blondas.

Cerró los ojos con fuerza e intentó pensar. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido? El accidente con el carruaje. Eso era. Ya no estaban en Bath. Ni en Bristol. Debían de encontrarse en algún lugar del sudoeste, pero no tenía ni idea de dónde. ¡Oh! ¿Qué diantres le pasaba? ¿Por qué no podía recordar? Sentía como si una cálida manta oscura le cubriera la mente, bloqueando su memoria, impidiéndole pensar con claridad.

Pero había una cosa que sí que sabía con absoluta y aterradora seguridad. Había olvidado algo. Algo importante.

La puerta se abrió y la amable mujer entró con una jofaina y unos paños doblados.

—Buenos días, milady —la saludó afectuosamente. Dejó la jofaina sobre una mesa auxiliar y se acercó al palanganero a por el jabón.

—Buenos días, señora... Lo siento. He olvidado cómo se llama.

—No se preocupe, milady. Yo también olvido los nombres. Soy la señora Turrill.

La atenta mujer debía de rondar la sesentena, a juzgar por las numerosas arrugas que poblaban su afinado y afable rostro. Su cabello seguía siendo castaño, pero tenía el tronco considerablemente más ancho de lo habitual en una mujer más joven.

La señora Turrill la ayudó a lavarse la cara, las manos y los dientes. Luego abrió uno de los cajones del armario ropero y extrajo un camisón limpio y una bata.

—Es una suerte que su ropa no se echara a perder en el accidente, milady. Su baúl debió de salir disparado por los aires.

En ese momento otra imagen acudió a su mente. Los baúles y maletas atados al asiento trasero.

—Sí... —murmuró.

—Ya falta poco. En apenas unos días estará caminando por ahí, luciendo sus elegantes vestidos. —El ama de llaves levantó el corpiño de un traje de satén azul—. ¡Oh! ¡Qué bonito es este! ¡Parece nuevo!

¿Lo era? Debía de serlo, porque no recordaba haberlo visto antes.

—Y aquí tenemos un encantador vestido de día. —La gobernanta sacudió una práctica prenda de muselina y se quedó mirando el escote con una mueca—. Le falta un botón. No es que sea muy diestra como costurera, pero sabré ponerle remedio.

Aquel vestido de día, de color rosa pálido, sí que le resultaba familiar. El hecho de reconocerlo le produjo un gran alivio. Al menos no había perdido la memoria por completo.

Levantó una mano para apartarse un mechón del rostro y se detuvo en seco al descubrir un anillo en su dedo anular. Se quedó mirando la mano suspendida en el aire por encima de ella, como si fuera una entidad separada, la mano de otra persona. En ella relucía una sortija de oro con una amatista y varios zafiros morados. Reconoció la joya de inmediato y suspiró agradecida. Estaba empezando a recuperar los recuerdos.

Pero, una vez más, aquella pesada sombra se abatió sobre ella. Aquel miedo persistente. Quizás estuviera recuperando los recuerdos, pero seguía olvidando algo. Algo mucho más importante que un vestido o un anillo.

El alegre doctor pasó a verla aquella mañana y la encontró mirando de nuevo el anillo.

—Estuvo a punto de perderlo —dijo—. Lo tenía en la palma mano, agarrándolo con fuerza. Yo mismo se lo puse de nuevo en el dedo.

Ella titubeó.

—¡Oh! Emmm... gra... gracias.

El doctor examinó su rostro.

—¿Cómo se siente?

—Confundida.

—No me extraña, milady. Ha sufrido usted un *shock* tremendo. Es muy posible que la conmoción cerebral la tenga aturdida durante varios días.

Tal vez aquello explicaba los pensamientos desordenados y los recuerdos esquivos. La apacible confianza del doctor aplacó sus miedos. Entonces paseó la mirada por la soleada habitación y preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En la mansión Clifton, entre Countisbury y Lynton, en el condado de Devon.

—¿Devon? ¿Sabía ella que sir John pretendía alejarse tanto? El nombre «Clifton» no le decía nada.

—¿Es esta su casa? —preguntó.

—¡Oh, cielos! No. Es «su» casa —respondió, enfatizando el posesivo—. Pertenece a la familia de su esposo desde hace siglos, aunque nunca había residido aquí. Mi hijo ha estado ocupándose del mantenimiento desde el año pasado, cuando se marcharon los últimos inquilinos.

—Entiendo... —farfulló ella, aunque en realidad no entendía nada en absoluto.

—No se apure, milady. Con el tiempo acabará recordándolo todo. —Entonces se frotó las manos y la miró con expresión radiante—. Bueno, imagino que querrá ver a su esposo.

La débil sonrisa que esbozó a modo de respuesta acabó flaqueando hasta desvanecerse. No, no quería verlo. A decir verdad, la idea hacía que se sintiera abrumada por las dudas.

—No... no lo sé —respondió.

—La comprendo, pero no debe preocuparse por su aspecto. Presenta algunos cortes y hematomas en la cara, la cabeza y las manos, pero la mayoría de las heridas son internas.

¿Eran sus heridas lo que hacía que se mostrara reacia a verlo o había algo más? Sir John nunca le había hecho daño, ¿o sí? ¿De qué, si no, tenía miedo?

El doctor la tomó por el brazo sano y la ayudó a incorporarse. La habitación se movía mientras se apoyaba en él en busca de apoyo.

—¿Mareada?

—Sí —respondió jadeando.

En aquel momento apareció la señora Turrill, acarreando un cesto de costura, y chasqueó la lengua con desaprobación.

—Todavía no está lista para levantarse y caminar, doctor.

—Tiene usted razón. Solo pretendía ayudarla a cruzar el pasillo para que viera a sir John. Pero creo que tendremos que esperar un día o dos.

—Yo también lo pienso. Además, me gustaría cepillarle el cabello y vestirla adecuadamente antes de que lo visite.

—Me temo que, de momento, él no se encuentra en condiciones de apreciarlo.

—Tal vez no —respondió la señora Turrill—, pero a una mujer le gusta arreglarse para ver al hombre al que ama.

Juntos la ayudaron a regresar a la cama.

Sabía que se referían a sir John, pero en su mente afloró otro rostro. Mientras se acomodaba bajo las sábanas desechó los pensamientos sobre su esposo e intentó concentrarse en aquella trémula imagen de ojos azules y sonrisa afectuosa. Pero otras visiones seguían apartando a un lado aquel semblante: una capa roja flotando sobre la superficie del canal, una mano resbalándose de la suya... ¿Era solo de un sueño o estaba recordando algo que había sucedido realmente?